

# Té negro *y pastel de mota*

---

Ofelia Canales del Olmo / Facultad de Ciencias

Había un pino solo, me gustaba verlo aunque si bajaba un poco la vista aparecía una barda de ladrillo rojo, rematada con pedazos de botella, en forma de picos. En aquel rincón de la huerta también podía oír las risas de los niños de la casa vecina y, ahí también, cuando mi cabeza volteaba hacia las risas y hacia los gritos, me llenaba de soledad y desesperación, pues ahí estaban, nuevamente, ladrillos rojos y botellas de vidrio rotas, en forma de picos. No era ya la barda aquella de Saint Malo donde leía:

“NATHALIE, JE T’AIME,  
MERCÍ, ADIEU...”

No eran ya las tardes tranquilas donde podía ver el sol, el cielo y donde la barda era una larga hilera de ladrillos rojos y sin vidrios rotos, en forma de picos.

Ya no podría correr nunca más, ahora había cerraduras y puertas que se estremecían al cerrarse, con un sonido sordo y seco... y después... apenas más tarde, el ruido lento, casi rápido, casi imperceptible de la llave al girar, después, nada... silencio... y otra puerta...

Uno de los pacientes me hizo un regalo.

Era un plano del lugar, para escapar por la lavandería.

Si fallaba, me castigarían durante quince días en una celda, y sin ver el sol, ni el pino, ni las estrellas...

Pero si lograba triunfar, podría entonces correr por calles y calles, y nadie me detendría.

Sólo tenía que esperar a que dieran las seis de la tarde, a esa hora los asistentes se retiraban, y la lavandería quedaba sola. A esa hora también debíamos entrar a nuestros departamentos (el mío era el tercero de mujeres). Esperaría a que no mirara nadie, entraría y subiría por las escaleras hasta llegar a una azotea, para brincar luego a una vecindad. Después bastaría con bajar por las viejas, sucias y carcomidas escaleras de hierro, caminar por el pasillo, tranquila, serena... y salir, sí, salir al sol, al viento, a la calle, a las campanadas de la Iglesia, a la libertad de las hileras de ladrillos rojos y vidrios en forma de picos. A correr por las calles, tomar un coche libre, de esos que tienen su sitio frente a la placita de Tlalpan.



\* \* \*

Durante las noches, a eso de las ocho, ayudaba a la asistente a lavar los platos. Era una mujer morena, gruesa, de unos cuarenta años, pelo negro, peinado con una trenza sin moños, sin adornos, *liso, simple, sencillo*... Lupita.

Cuando terminaba, y todos los tenedores y las cucharas y cuchillos y vasos y todo quedaba en su lugar, me llevaba con ella. Se abría la gran reja con el mismo ruido seco y sordo con que se había cerrado horas antes, giraba la cerradura otra vez, lenta y suave, y después... Un poco de libertad...

Lupita y yo dábamos la vuelta al edificio. No era mucho, y en la parte de atrás tirábamos los desperdicios de la merienda.

A veces, subíamos con Mencha, otra asistente, a la cocina principal, grande, espaciosa, con mucha luz.

Yo era feliz con un poco de noche, con un poco de cielo, sin puertas... Aunque no desaparecían...

Las hileras de ladrillos rojos, inmóviles...

Las botellas de vidrio roto, en forma de picos...

Inmóviles...

#### MI PINO SOLITARIO...

No había ya extensos parajes de flores azules, ni pinos solitarios, sino largas hileras de ladrillos rojos con botellas rotas, con vidrios en forma de picos.

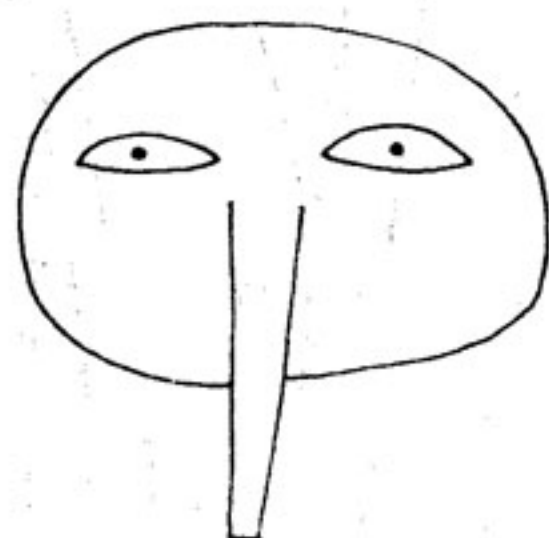
Ahora, sólo había campanadas de Iglesia que rompían las noches tenebrosas, interminables y amargas y largas.

Sólo había puertas con cerraduras y candados y vigilantes y veladoras y silencios...

Algunas noches, entre campanadas y muros, gritos, gritos largos y angustiosos... desgarradores, interminables, y luego como siempre, nada... Otra vez silencio...

Viene a mí la imagen de aquellas mariposas que volaban sobre la barda de ladrillo rojo, donde durante el día se reflejaba el sol formando imágenes de mil colores. Aún recuerdo cuando mi cabeza volteaba hacia las risas y hacia los gritos de los niños de la casa vecina.

Aún ahora, recuerdo el rosado color de las flores de durazno de aquel rincón de la huerta.



Aún ahora recuerdo que no era esa la misma hilera de ladrillos rojos de las tardes tranquilas de Saint Malo, donde a mi vista llegaban las imágenes de niños, y de flores de durazno y de mariposas donde había sol (amanecer sobre el ala de una mariposa), y cielo hacia adelante, hacia atrás, y hacia los lados...

Pero hacia arriba un cielo, siempre grande, siempre inmenso, siempre infinito, siempre libre.

Aún ahora, recuerdo que no era el mismo pasto verde que me permitía correr hacia donde yo quería, todo el tiempo que yo quería, hasta dejarme casi sin respiración.

Aún ahora, a pesar de estar con la cabeza hacia arriba, donde se ve un pino solo y una estrella, un pino solo y muchas estrellas, todos libres.

Aún ahora, a pesar de estar corriendo hacia donde yo quiero y escuchar las risas y los gritos de los niños, no de la casa vecina.

Aún ahora, cuando escucho, tranquilas las campanadas de una Iglesia cercana.

Sí, aún ahora, no olvido, las cerraduras y puertas. Aquellas que se estremecían al cerrarse con un sonido sordo y seco y lento, casi rápido, casi imperceptible de una llave al girar, para luego en segundos, nada... silencio... y otra puerta.

También, aún ahora, no logro olvidar a la asistente, a la mujer morena, gruesa, de pelo liso, negro, peinado sin moños, sin adornos, simple... Los tenedores, las cucharas, los cuchillos, los vasos, la basura de la merienda, el poco de libertad, el poco de noche, el poco de cielo.

Sí, aún ahora, cuando los parajes de flores azules se extienden inmensos a mis pies, cuando hay amaneceres, cuando hay cielo a mi alrededor, cuando hay pájaros, cuando hay mariposas, cuando hay niños, cuando hay estrellas, cuando hay mil pinos, cuando hay flores rosadas de durazno, cuando el aire y el viento golpean mi cara, cuando mis pies corren hacia donde yo quiero. No desaparecen.

Las hileras de ladrillos rojos, inmóviles...

Las botellas de vidrio roto, en forma de picos, inmóviles...